

JOSE
BIBLIOTECA
CENTRO

REVISTA

DEL

JARDIN ZOOLOGICO DE BUENOS AYRES,

DEDICADA A LAS CIENCIAS NATURALES,
Y EN PARTICULAR A LOS INTERESES DEL JARDIN ZOOLOGICO

(MENSUAL)

NOVIEMBRE 15 DE 1894

Publicada bajo los auspicios de la Intendencia Municipal de Buenos Ayres

POR EL DIRECTOR DEL JARDIN

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG

Y SUS COLABORADORES.

Tomo II.

ENTREGA XI, pp. 321-352



BUENOS AYRES.

COMPANIA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO.

Calle Chile números 241 y 263

1894

casa: *iatimóa?* es decir, *me voy?* A lo que contesta: *hatingué*, es decir, *váyase*. De modo que el permiso lo piden, nó para entrar, sinó para salir.

AMISTAD—Entre ellos, segun me comunicó MAIDANA, existe la amistad que puede decirse de gremio; se ayudan y se protegen mutuamente.

Pero con los Cristianos, segun el señor BORBA, son desleales, no suelen cumplir lo que prometen, y tienen placer en embromarlos.

Para ser por ellos respetado y obedecido, es necesario que se les dé alguna prueba de superioridad fisica: de ese modo, uno consigue que, de altaneros é insolentes, se vuelvan dóciles y sumisos.

Ellos tienen una costumbre curiosa: los parientes piden indemnizacion por cualquier mal trato fisico que sufra alguno, de parte de otra persona, y se contentan con cualquier cosa.

HOSPITALIDAD —Entre ellos son muy hospitalarios; las ceremonias de las visitas, entre individuos de la misma nacion, pero de diferentes tribus, son muy curiosas, segun lo publicado por el señor BORBA.

Cuando un Indio llega á una toldería, no se dirige directamente á ella, antes va y se oculta en el lugar en donde acostumbran ir á buscar agua y queda allí hasta reconocer algun pariente ó conocido, hablándole, y diciendo quien es, desde su escondrijo.

Entonces este vá y cuenta á los otros la llegada de la persona, preparándose para recibirla.

El pariente más próximo se acuesta en el suelo y se cubre la cara con el *kurú*, mientras su mujer trata de preparar alguna comida.

El visitante entra al rato, y, sin saludar, ni decir palabra alguna, á su vez vá á acostarse al lado del dueño de casa; entónces la mujer vuelve con la comida, la pone delante de ellos, y dice al marido que coma junto con su pariente que ha venido desde léjos.

El marido, al oir esto, se sienta y convida al visitante á comer juntos.

Terminada la comida, el recién llegado cuenta lo que ha visto en el camino, lo que ha sucedido en sus toldos, etc.; si refiere la muerte de algun pariente, es suficiente motivo para que las mujeres que lo rodean traten de consolarlo prorrumpiendo en grandes gritos y derramando copiosas lágrimas.

Generalmente estas visitas terminan con fiestas en las que se consumen grandes cantidades de bebidas alcohólicas.

No rehusan los Kaingángues nada de lo que poseen en sus ranchos; cuando cualquiera llega á ellos, lo primero que le preguntan es si tiene hambre; en los días de abundancia, ni siquiera preguntan eso, al contrario, sin decir palabra, van poniendo delante del recién llegado la comida, diciéndole *a-có*, es decir, *cóma*. Tampoco niegan nunca comida cuando se les pide, y áun cuando tengan poca, la reparten.

RAPTO—El rapto, entre los Kaingángues, no existe precisamente; lo que sucede es que, con mucha facilidad, las mujeres dejan á los maridos por seguir á otros.

El procedimiento es muy sencillo: la esposa infiel se vá al monte, escondiéndose por 6 ú 8 días; si pasado ese tiempo el marido desolado no la encuentra, y si su nuevo esposo es valiente, descaradamente empieza su nueva vida, como si tal cosa; pero si el segundo factor es un individuo flojo, el legítimo le administra una buena paliza, con lo que deja su honor satisfecho, reconduciendo á su viejo hogar á la oveja descarriada, la que gana, por este hecho, mayor estimacion en el concepto de su fiel y constante esposo.

Las mujeres kaingángues, en estado salvaje, no pueden presentarse como ejemplo de virtudes; el hecho anterior lo demuestra, y, además, tengo otros datos positivos y exactos respecto de su poca moral.

El ofrecerse es comun en ellas, como tambien el hacer mofa de los castos *Josées*. (*)

MATRIMONIO Y FAMILIA—Segun las observaciones del señor BORBA, que tomo mucho en cuenta, por merecerme entera fé, y porque vienen á completar mis observaciones personales, los *Kaingángues* no se casan antes de los 18 ó 20 años.

Cuando encuentran la mujer de su agrado, se la piden al padre, haciéndole al mismo tiempo algun regalo; si él consiente, el pretendiente queda agregado á la familia.

Si la moza está ya en condiciones de ser mujer, desde ese momento le pertenece; si no está en esas condiciones, el novio queda

(*) (“*Icôia*”) “Ede me” aiunt petentes—Si mas non vult (“*Há, i coi kamé!*”) “Ohime! timorem me manducare habes!” •

agregado igualmente á la familia del suegro, á quien ayuda en todos los trabajos, hasta que la muchacha tenga 10 ó 12 años.



Fig. 7. — Mujeres y niños kaingángues.

Los maridos tratan con suavidad á sus mujeres, las consultan en todos sus asuntos, muy rara vez las abandonan, y son cariñosos al extremo con sus hijos, no castigándolos, ni reprendiéndolos con

aspereza; tanto es así, que los hijos concluyen por no tener ningún respeto por sus padres, al punto que, cuando grandes, los maltratan y hasta los garrotean, como lo ha presenciado el señor BORBA.

Entre los que habitan en San Pedro ya no sucede eso, seguramente á causa de la influencia de los Cristianos; por el contrario, he notado, por los pocos viejos de ambos sexos que existen aún, más bien respeto y cariño.

Las mujeres no se cuidan mucho durante el embarazo y continúan casi hasta el último día en sus faenas domésticas, y sólo se preparan, para no sentir dolores durante el parto, según la siguiente receta ⁽¹⁾: toman, durante varios días antes, raspaduras de corteza de Loro (ó Laurel Blanco) el que, según dicen, es eficazísimo.

La mujer dá á luz apartada de los ranchos, en posición sentada, ayudándola una compañera que la agarra de atrás cruzándole los brazos por el pecho, é irguiéndola á intervalos hasta que se desobligue; terminada la operación se va á lavar junto con el recién nacido.

El cordón umbilical lo cortan con las uñas y lo atan con hilo de Ortiga brava ó gigante, que es la fibra textil que ellos usan.

Tres ó cuatro días después del parto, ya se hallan perfectamente libres de incomodidades.

Las madres son muy amorosas con las criaturas, las envuelven en *kurús* y andan con ellas cargadas á la espalda.

La lactancia dura mucho, generalmente hasta tener otro hijo.

Las criaturas ya grandes se crían con un poco de abandono, y como andan sueltas de ropas, y son muy comilonas, se les desarrolla la barriga de un modo grotesco; inútil es decir que, á pesar de lavarse frecuentemente, andan siempre súcias.

Hasta cierta edad, se lo pasan rodeando el fogón y en espera siempre de parte del contenido de la olla, que hierve constantemente; ésto sin contar con las frutas silvestres y choclos que, cuando los hay, no dejan de asarse entre la ceniza todo el día, casi sin interrupción.

(1) Datos del cacique MAIDANA.

Habitaciones.

Los Indios que viven en San Pedro habitan casas separadas, una para cada familia; éstas las hacen de los Pinos (Araucarias) que abundan allí, cuya madera fácilmente se trabaja con el hacha y que extraen en grandes tablones irregulares que paran unos al lado de otros, en sentido vertical, para hacer las paredes.

Las casas son en forma de ranchos, con techos de dos aguas, los que cubren con tablas mas pequeñas y que disponen en camadas unas sobre otras como si fueran tejas. Para los horcones, cumbresas, tijeras, &c., emplean la madera de otros árboles, que cortan en los montes cercanos.

Imitando los ranchos de los blancos, algunos están divididos en dos piezas: una anterior, queles sirve de cocina, en donde se hallan constantemente reunidas las mujeres, y otra de dormitorio; en esta última, las camas, que tambien imitan las de los cristianos, son en forma de parrillas, levantadas un metro del suelo, y casi siempre cubiertas de pedazos de tronco de palmera, abiertos por la mitad, en sentido longitudinal.

Este es el único mueble que poseen, si se exceptúan algunos pedazos de madera que les sirven de asientos en la cocina, y el infaltable mortero para pisar maiz, de dimensiones variables, algunos de 1 metro y más de alto, pero colocado casi siempre fuera de la casa.

Colgados de las paredes, no faltan, en el interior, canastos, mates, envoltorios de trapos de todo tamaño, las flechas y arco del dueño de casa y algunos otros trastos.

En su estado salvaje, estos Indios acostumbran construir grandes galpones de 25 á 30 metros de largo, corridos en su interior, techados con hojas de palma, y con puertas muy bajas y estrechas, por las que hay que agacharse para penetrar.

Las familias se reparten el galpon sin hacerle tabiques, y cada cual enciende en el medio su fogon, y á su rededor duermen con los piés hácia el fuego todos los sexos y edades promiscuamente, acostados por el suelo, metidos algunos en cáscaras de árboles.

Los Kaingángues no saben lo que es barrer, de modo que cuando sus galpones están súcios y llenos de pulgas, les prenden fuego y hacen otros.

Alimentos.

La base de la alimentacion de estos Indios es la caza y el maíz que siembran. Antes he descrito el sistema de vida y las peregrinaciones de la tribu en busca de alimento.

No comen nada crudo, excepto algunas frutas; todo lo demás pasa por la cocina, bien primitiva por cierto, que no conoce otros procedimientos sinó los de asar y hervir.

Los útiles culinarios que emplean son tambien reducidos: una olla de barro, ó de fierro, si pueden proporcionársela, un mortero de madera, que pronto fabrican, una mano de idem pero de piedra, un cedazo y algunos mates rajados á lo largo ó de diversos modos, que les sirven de cucharon, cuchara, etc.

Las manos de mortero de piedra son por lo general cónicas alargadas, de longitud variable, muy bien pulidas; pero, segun me dijo MAIDANA, de confeccion muy larga y costosa, lo mismo que las hachas de piedra, que tambien fabrican.

En San Pedro tuve ocasion de ver varias de estas manos de mortero, pero, á pesar de todos los empeños que puse, no pude conseguir ninguna, tal es el aprecio que les tienen.

El maiz lo comen de diversos modos: en mazamorra ⁽¹⁾, asado entre las cenizas calientes, ya las espigas secas, ya los choclos ⁽²⁾ y preparado tambien como lo hacen los *guaraníes*, cuyos nombres adopto para comparar sus platos: *Chipá* ⁽³⁾, *Mbai puyg* ⁽⁴⁾, *Abati pororó* ⁽⁵⁾, *Guaimi atucupé* ⁽⁶⁾, &c.

Con los piñones hacen una especie de pasta, que obtienen poniéndolos en el agua un cierto tiempo para que se hinchen y rompan su envoltorio, luego los colocan en el mortero, en donde los pisan; esta pasta la hacen hervir y luego la comen.

Los Indios dicen que son muy buenos, preparados así, y que

(1) Mazamorra (Argentinismo), maiz pisado y hervido durante mucho tiempo.

(2) Choclos (arg. del quíchua) se llama á las espigas verdes de maiz.

(3) *Chipá* (guarani) son panes hechos de harina de maiz.

(4) *Mbai puyg* (guarani) es una pasta de maiz pisado y agua, que se come hervida.

(5) *Abati pororó* (guarani) es el maiz desgranado y tostado sin pisar.

(6) *Guaimi atucupé* (guarani) es el maiz pisado y hecho pasta con agua, que se coloca en forma de bolas ó cilindros en la chala y se hace cocer entre las brasas ó cenizas calientes.

tienen la ventaja, sobre los piñones crudos y asados directamente, de no hacer daño; pero los blancos que han probado este plato me aseguran que es muy desagradable, con un gusto ácido muy pronunciado.

La fruta del Caraguatá la comen también asada, y las demás, como las del Yaracatiá ó Mamon, Yabuticaba, Vacú, Guaviroba, Araticú y Pindó, las comen crudas, y, pocas veces, algunas de estas, asadas.

Del *Pindó*, no sólo comen la fruta, sino también el cogollo, lo mismo que del *Palmito Molle*; éste lo comen crudo ó cocido, haciendo una especie de *mbai puyg*. En épocas de escasez, ó cuando tienen tiempo, preparan el *Metfú* ó Fariña de Pindó.

Su fabricación es la siguiente:

Después de volteadas las Palmeras, cortan el tronco á distancia de metro y medio del cogollo; de estas porciones quitan la cáscara para extraer el corazón, el que, á su vez, dividen en muchos trozos pequeños, los que pasan al mortero, en donde son pisados por las mujeres, hasta desmenuzarlos bien; concluido este trabajo, pasan el polvo por un cernidor, para separarlo de las partes gruesas y leñosas que pueden haber quedado, y en seguida lo echan en una olla, para secarlo con el calor, resultando de todo esto un polvo blanco, en algo parecido á la fariña de mandioca, y que contiene cierta cantidad de almidón, apto naturalmente para la alimentación, y del que los Indios suelen hacer cantidades que conservan por mucho tiempo.

El *Tambú* es comido, ya sea crudo, ya frito y mezclado con cualquier otra cosa. Como es sabido, los insectos, en su estado de larva, reúnen la mayor cantidad de grasa destinada á proveer de materiales á las metamorfosis del animal durante el período de crisálida; así, pues, los Indios, para cosechar el *Tambú*, esperan la época en que estos *están gordos*, es decir, cuando se hallan las larvas próximas á transformarse, de manera que, en este estado, no son sino *pura grasa*, y como por esta sustancia son glotones, porque también ellos la necesitan, he ahí por qué el *Tambú* es tan apetecido.

El *Tambú* frito da un aceite muy transparente, pero que pronto se enturbia, adquiriendo un color blanquizco, y siendo muy apreciado no sólo por los Indios sino también por los blancos: yerbateros, obrajeros, montaraces, etc., los que no tienen sino frases de elogio para él; todos están contestes en que es un plato

delicioso en el bosque; pero otros, menos fanáticos, me han asegurado que tiene un gusto á manteca rancia.

Segun el señor BORBA, los *Kaingángues* se alimentan tambien de muchos otros vegetales del monte, como ser tallos de la Ortiga brava y de una especie de Alga, de ramas muy finas y delicadas, que nace en las piedras de las correderas de los grandes rios.

Los *Kaingángues*, como todos los indios, y muchos que no lo son, como los montaraces, son locos por la miel de las numerosas abejas meleras que pueblan los bosques. Varias son las especies que la proporcionan en abundancia, como ser: los Mirines ⁽¹⁾, el Mandurí, la Tubuna, la Mumbuca, el Iratí, el Guaraipo, la Mandasaya, el Yetey, el Irapoá, el Mandurí, que anida en el suelo, el Vorá, la Caga-fogo, etc.

Todos, menos el Irapoá, anidan en los huecos del tronco de los grandes árboles, y á sus nidos se dirige constantemente la mirada ávida de los indios que, no sólo buscan la apetecida miel, sinó tambien las crias de la colmena y el polen que comen con placer, reservando la cera para fabricar sus velas, ó activar el fuego en determinadas ocasiones.

Todas las mieles son aptas para la alimentacion, menos la del Iratí, que produce un curioso fenómeno de parálisis en el cuerpo del que la toma y cuyo remedio es, segun afirman, para neutralizar sus efectos, la misma miel caliente.

La carne de los animales que cazan, la comen invariablemente asada ó hervida; sus víctimas predilectas han sido indicadas anteriormente, figurando en primera línea los Monitos (*Cebus*) y Carayás; pero, segun dicen, son poco aficionados al Venado, Acutís y Pacas; á esta última llaman *Ko kamé*, que quiere decir *miedo de comer*, porque creen que su carne hace daño. Esta delicadeza en la eleccion de los animales que les sirven de alimento, sólo es posible tenerla cuando se hallan en un lugar de mucha caza y cuando en sus rozados les espera abundante cosecha; pero desaparece en los momentos de escasez, en los que, todo lo que sea carne, es reputado excelente para la olla.

Los *Kaingángues* tienen varios métodos de asar la carne, siempre con cuero, ya sea directamente sobre las brasas, ya sobre una

(1) Todas estas abejas son *Melipónidos* á los cuales ha dedicado el Dr. HOLMBERG el mejor capítulo de su libro *Viajes á Misiones*, el que se puede consultar con provecho, por los interesantes datos que contiene.

especie de parrilla de cincuenta centímetros de alto y de forma cuadrangular, hecha con pequeñas ramas, ó bajo tierra. Este último procedimiento lo emplean principalmente para la carne de *Anta* ó *Tapir*.

Al matar uno de estos animales, lo colocan en el agua, despues de haberle extraído las entrañas, dejándolo allí hasta el siguiente dia; cavan despues una especie de pozo poco profundo, pero bastante grande; en su interior colocan una buena cantidad de leña, sobre ésta muchas piedras, y encima otra cantidad de leña aún, prendiéndole fuego. Cuando las piedras se hallan bien calientes, las cubren con hojas de palmera, colocando sobre ellas la carne, la que, á su vez, tapan con nuevas hojas, para que la resguarden de la tierra que, extraída anteriormente, vuelven á echar dentro del pozo para que quede bien cubierto.

El desentierro se efectúa al dia siguiente, y entónces los Indios se regalan largamente con un plato de los mas deliciosos que pueda proporcionar el monte; la carne, en ese horno *sui generis*, se asa muy bien, adquiriendo un sabor muy agradable.

No puedo olvidarme de la expresion de glotonería que adquiría MAIDANA al narrarme este procedimiento, el cual es análogo al que usan los Pampas, como puede verse en el trabajo del Sr. KERMES: *Vida familiar de los Pampas*—REVISTA DEL J. Z., T. I, entr. 7.

Los *Kaingángues* conocen tambien el modo de ahumar el pescado, que pescan con los *parí*, y que conservan por mucho tiempo.

Ante todo destripan los pescados, despues de descamarlos bien; luego, uno por uno, son atados con tres tiras de tacuaras verdes, una que pasa por la boca hasta el medio de la cola en sentido longitudinal al eje del cuerpo, y otras dos transversales á éste, que lo ciñen en dos puntos diversos; el objeto de estas ataduras es para que no se deshagan; en seguida los colocan unos al lado de otros sobre unas parrillas que fabrican de ramas, de 1.10 á 1.50 de alto, en donde los asan á fuego vivo, dándoles vueltas para que la coccion se haga de un modo uniforme.

Una vez terminada esta operacion, cargan con los pescados asados y los llevan á sus ranchos, colocándolos en una especie de bastidor, sobre el fogón, para que reciban el humo; de este modo me dijo MAIDANA que se conservaban por mucho tiempo, y que él ha comido algunos de mas de un año de preparados.

Estos Indios son muy aficionados á las bebidas alcohólicas y

saben preparar varias clases de ellas como el *Kiki*, el *Góio fá* y el *Góio kupri*, con las que se embriagan durante sus fiestas y aún fuera de ellas.

El *Kiki* lo hacen de miel de abejas, del modo siguiente: toman una batea grande de madera en la que echan agua, á ésta la calientan á fuerza de echarle piedras candentes, luego retiran éstas y vuelcan en el agua la miel, tapando en seguida la batea con hojas de Pindó y palos atravesados, dejando el liquido fermentar durante tres días, pasados los cuales está listo el *Kiki* que es un liquido incoloro y lo bastante alcohólico para emborracharlos lastimosamente.

El *Góio fá* (agua fuerte) es la chicha de maiz, ni mas ni menos; en una batea, con agua caliente como para el *Kiki*, echan maiz pisado, el que dejan fermentar, moviéndolo todos los dias.

Para la fabricacion del *Góio fá* acostumbran tener las bateas cerca del fogon, de modo que el calor ayude la fermentacion.

El *Góio kupri* (agua blanca) tambien lo hacen de maiz y es la segunda edicion de la famosa y asquerosa *Chicha muqueada* que aún hoy se fabrica en algunos lejanos puntos del confin de la República.

El maiz, ante todo, es colocado, junto con brasas, en canastos, los que sacuden en el aire para que quede ligeramente asado; luego lo pisan en el mortero, y en vez de ponerlo en las bateas del *Góio fá*, lo echan en ollas de barro, las que llenan de agua y colocan cerca de un fuego lento, donde deben quedar toda la noche.

Al otro dia empieza la *muqueada*, es decir, la mascada del mismo maiz, que sacan de las ollas en pequeñas porciones á fin de impregnarlas bien de saliva, y que la ptialina descomponga el almidon en dextrina y azúcar tan necesaria para la mas rápida fermentacion, para volverlas á echar, otra vez, en la olla.

Este procedimiento está muy generalizado entre las tribus indias, no sólo de Sud-América, sino tambien de Norte-América y otras partes, pero lo curioso es que, para efectuar la operacion, se emplean casi siempre á personas viejas ó cretinos.

Los *Kaingángues* casi no tienen horas para comer y lo hacen alrededor del fogon, en cuclillas, usando de las manos ó de pedazos de mates ó porongos, como de cucharas; si tienen mucho, mucho comen; pero saben ser muy sobrios en los momentos de escasez y así tambien muy resistentes al hambre.

En cuanto al beber, son inmoderados, teniendo cualquiera de sus

bebidas en abundancia, lo que dá por resultado tremendas borracheras, mas de una vez de consecuencias fatales.

Fuego.

Los *Kaingángues* obtienen el fuego de varios modos, ya sea por medio de la fricción de dos palitos, ya por medio del pederal; como yesca usan el cogollo seco de Pindó.

Pero pocas veces tienen necesidad de prenderlo, porque, en sus tolderías, lo conservan constantemente, y, cuando van en marcha, llevan siempre en la mano un tizon prendido de leña de un cierto árbol cuyo nombre no recuerdo ya; esta leña arde sin apagarse y bastante lentamente, de modo que, de vez en cuando, lo agitan para que se avive el fuego.

Con este, en un momento, llegando á cualquier punto para acampar, pronto encienden sus fogones.

La leyenda que, sobre el fuego, tienen estos Indios, es sumamente interesante y me fué referida por mi buen amigo el Señor BORBA, del siguiente modo:

En cierta época, los *Kaingángues*, careciendo de fuego y sabiendo que lo poseía el *Dueño del fuego*, sin permitir que nadie lo usase, resolvieron obtenerlo. Después de mucho deliberar y cavilar, se ofreció TEDJETÓ, Indio valiente y sagaz, para ir á buscarlo.

TEDJETÓ se transformó en Urraca blanca y se echó al agua, en un arroyo que pasaba delante de la casa del que poseía el fuego, dejándose llevar por la corriente, hasta que llegó allí.

La hija del Dueño del fuego, al ver ese pájaro tan raro en el agua, lo recogió; pero, como se hallaba con las plumas mojadas, lo puso al lado del fogón, á fin de que se secara.

La Urraca estuvo un buen rato, y cuando vió que ya podía volar, arrancó, de un tizon, una brasa con el pico, y, con gran asombro del Dueño del fuego y de su hija, voló. Comprendiendo aquel lo que sucedía, empezó á perseguir á la Urraca, hasta que ésta se metió dentro de una rajadura de piedra, siempre con la brasa en el pico.

El Dueño del fuego, al ver esto, trató de matarla, introduciendo la punta del arco; pero TEDJETÓ, que comprendió las intenciones de éste, se dió un puñetazo en la nariz, á fin de que le saliera sangre, con la que ensució la extremidad del arco. Cuando el Dueño

del fuego vió el arco teñido en sangre, creyó que la Urraca había muerto y se retiró.

Libre ya TEDJETÓ de su perseguidor, salió de su escondite con la brasa en el pico, volando hácia una Palmera; allí prendió fuego á una de las hojas, que estaba seca, y, transformándose otra vez en hombre, la arrastró, incendiando así los campos.

El fuego llegó pronto á los toldos de los *Kaingángues* que, desde entónces, empezaron á utilizarlo, gracias á la sagacidad de TEDJETÓ.

Traje.

Los *Kaingángues*, en estado salvaje, andan desnudos los varones, cubriéndose las mujeres con una especie de tapa-rabo corto, que fabrican tejiendo la fibra de la Ortiga brava, el que aseguran á la cintura por medio de una faja ancha que hacen de la corteza de *Araticú* (*Anona spinescens*, MART.) frotada con brotos de Tacuara mansa, lo que le comunica un color negro lustroso.

En las piernas, debajo de las rodillas, desde el tercio superior hasta el tobillo casi, y en las muñecas, se fajan con la cáscara de las raíces aéreas del *Philodendron* (Guaimbé) preparada del mismo modo, y del mismo color.

Los hombres tienen, además, el *Kurú*, que es un gran manto de forma cuadrada, hecho tambien de Ortiga brava, y del que se sirven para cubrirse al dormir, cuando hace frío, usándolo tambien de día, cuando la temperatura los obliga, y en sus bailes.

El modo de ponerse el *Kurú* recuerda el peplo griego; atándolo sobre el hombro izquierdo, mientras pasa el borde superior por debajo de la axila derecha, de modo que ambos brazos se hallan libres; el izquierdo, por dejar el *Kurú* abierto en toda su longitud á lo largo del costado.

Estos *Kurú* son lo bastante grandes para cubrirlos hasta los piés, la forma de colocárselo recuerda tambien al manto de los maorís de Nueva Zelandia y de algunos negros de Africa.

Al tratar del baile, tambien he hecho mencion de otra pieza de ropa, una especie de camiseta sin mangas, con la que se visten para aquella ocasion.

Calzado no usan, pero, cuando van en marcha, ó á alguna sorpresa, ó no quieren que se les siga el rastro, acostumbran ponerse,

bajo la planta del pié, un atado de paja, cuyas puntas doblan para arriba, de modo que no puede saberse cual es la direccion de la marcha que llevan, puesto que, tanto de uno como de otro lado, el rastro es igual.

Este ardid ha dado origen á la creencia que muchos tienen de que los *Tupis*, en vez de dedos, poseen dos talones en cada pié.

Como adornos, usan llevar, alrededor del cuello, grandes rosarios de dientes de los animales que matan, principalmente del Mono Carayá, y, en la cabeza, vinchas de plumas vistosas, que se ponen en los bailes y fiestas.

El traje nacional termina con el modo, que he indicado anteriormente, de cortarse el pelo.

Los *Kaingángues* no se tatúan la cara, ni otra parte del cuerpo, ni tampoco se mutilan parte alguna, salvo la perforacion de las orejas, en las mujeres, para colocar los aros, cuando pueden conseguirlos de algun punto civilizado.

Los Indios que habitan San Pedro han perdido ya sus costumbres primitivas, de manera que es muy raro hallar todavía alguna en uso entre ellos; mas no por eso se ha borrado de su mente el recuerdo de sus prácticas, sobre todo en los viejos.

Los jóvenes de ambos sexos, en contacto más directo con la poblacion yerbatera, han tenido forzosamente que adaptarse á su *modus vivendi*.

Industria.

TEJIDO—La fibra textil que emplean los *Kaingángues* es la que les proporciona la Ortiga gigante, llamada comunmente Ortiga brava.

El modo de obtenerla es el siguiente: las mujeres se cubren las manos con un pedazo de cuero ó trapo, y agarrando la planta, la cortan al pié, pasándole inmediatamente una mano por el tronco, de abajo arriba, con rapidez, á fin de sacarle las espinas y las hojas.

Luego empiezan á extraer la corteza arrancando las tiras de arriba para abajo; de estas cortezas sacan las fibras que se hallan debajo de la capa externa.

Las fibras son colocadas al sol para que se sequen, y cuando lo están, sufren una operacion de maceteo sobre un palo, para que se desfloquen bien, á fin de poder hilarlas ó fabricar el hilo torcido.

Con este hilo van haciendo unos ovillos de unos 10 centímetros, los que son colocados en ollas de barro, junto con ceniza y agua, en donde sufren un hervor de algun tiempo, pasado el cual son extraídos y lavados cuidadosamente con bastante agua, y muchas veces colocados en algun arroyo, donde pasan una noche ó más.

Despues de toda esta operacion, los ovillos son deshechos para sufrir otra maceteada antes de volverlos á hacer, de modo que sirven ya para los tejidos.

El hilo así extraído es muy fino y de un color blanco. Algunos Indios tiñen una parte de color rojo, valiéndose de la corteza del Catiguá.

El telar lo fabrican sencillamente con unos palos dispuestos á una distancia proporcional al tamaño que quieren dar al *Kurú* que desean tejer.

El tejido es muy simple, pero de mallas muy cerradas.

Como se puede ver, con sólo la preparacion del hilo necesario, la fabricacion de un *Kurú* es muy larga para una sola mujer, amen del trabajo de tejer, el que, á su vez, les lleva mucho tiempo, porque el tendido lo hacen del mismo modo que ha descrito el señor KERMES en su trabajo *Tejidos pampas* (Revista del J. Z., T. I. entr. 4^a.) pero la trama la ejecutan tomando hilo por hilo, á modo de zurcido.

ALFARERÍA—En estado salvaje, estos Indios emplean mucho la alfarería para la fabricacion de ollas y vasijas varias, todas muy sencillas, y pocas con dibujos. Los que hoy habitan San Pedro, ya la han abandonado casi por completo, y sólo alguna vieja se ocupa de ella por encargo; hoy prefieren las ollas de hierro, los platos de lata, etc., de fabricacion europea.

El modo de hacer objetos de barro cocido es el siguiente:

Ante todo, eligen la tierra, y de ella amasan bien una cierta cantidad, con la que hacen una bola grande de barro, que echan en el fuego á fin de que se queme bien; despues dejan que se enfríe y la reducen á polvo pisándola; pasan por un cedazo y lo emplean despues como liga para mezclarlo con el barro fresco.

Con esta mezcla, fabrican á mano el objeto que quieren, dándole el pulido con una piedra lisa ó canto rodado de los arroyos, durante uno ó dos dias; concluida esta operacion, colocan el tiesto en un canasto sobre el fogon para que reciba bien el humo durante otros dos dias y para que adquiera el color negro característico de

esas alfarerías; y en seguida lo ponen al fuego para darle la cocción necesaria. Una vez listos, los frotan con puñados de Líquenes (*Usnea barbata*) que se crían sobre los árboles, y que allí llaman Barba de palo, con lo que queda concluida la fabricación.

La tierra que emplean para hacer esos tiestos es negra, y la extraen de las barrancas de los arroyos y de cierta profundidad.

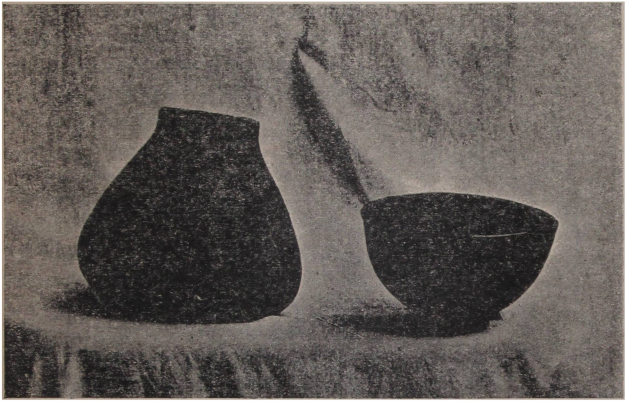


Fig. 8. — Alfarería kaingángue.

Las alfarerías, cuyo dibujo es este, proceden de San Pedro; una de ellas es la copia servil de una taza de fabricación europea. Me fueron regaladas por el vecino de allí, don APARICIO GRONDONA (1); hoy pertenecen al Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino, al que á mi vez las he donado.

INDUSTRIAS VARIAS — Los *Kaingángues* conocen, además, la canastería, y hacen cestos y cedazos variados de Tacuarembó y de Tacuara mansa, que mezclan con corteza de Guaimbé y hojas

(1) D. APARICIO GRONDONA es uno de los más antiguos vecinos y yerbateros de las Altas Misiones y á él se debe, en gran parte, el arraigo de los Indios y población actual de San Pedro, sobre los que tiene un gran ascendiente, debido á sus bondades. Me es muy grato, como un deber de justicia, el consignar aquí su nombre, al mismo tiempo que le agradezco las atenciones de que he sido objeto por parte de él y los valiosos datos que sobre estos Indios me ha comunicado.

de Palmera. Trabajan tambien la madera para hacer arcos, flechas, garrotos ó macanas, morteros, etc.

La cordelería está representada entre ellos por las cuerdas de los arcos hechas de fibras de Pindó y algunas otras de corteza de Guaimbé.

Saben, con infinita paciencia, horadar los dientes de Monos, con los que hacen sus collares, unir las plumas de colores vivos para sus vinchas de fiesta, que representa otra obra de Chinos, como tambien lo son el trabajar la piedra para la confeccion de sus hachas y manos de mortero, y el hueso para sus puntas de flecha.

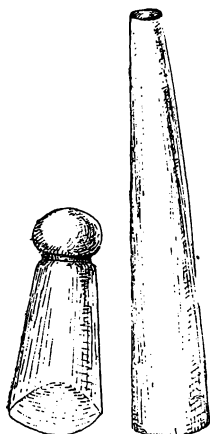


Fig. 9. Hacha de piedra. Fig. 10. Mano de mortero (de id.)

Agricultura.

Entre los *Kaingángues*, la Agricultura se halla muy poco desarrollada, lo suficiente apenas para abastecerlos de maiz, algunos zapallos, y á veces un poco de porotos.

Puede muy bien decirse que estos Indios no han abandonado sus costumbres de pueblo cazador y nómade, y si ha evolucionado hasta querer ser agricultor, se ha detenido precisamente

en los dinteles de dicha evolucion.

Lo contrario sucede con los *Caingú* de raza guaraní, los que son mas agricultores que cazadores, empleando para la caza una série de sistemas de trampas que les ahorran trabajo personal y tiempo que dedican á sus plantaciones.

Otra diferencia que salta á la vista es que, mientras los *Caingú* recogen y guardan cuidadosamente su cosecha, en ranchos hechos de un modo especial, generalmente en los mismos rozados, los *Kaingángues*, en el mayor número de casos, no se dan ese trabajo, y van extrayendo el maiz de la plantacion á medida que lo necesitan.

El rozado lo hacen casi siempre en tacuarales ó en las partes de monte en donde los árboles son pequeños, de tronco fino, y ralean.

En su estado salvaje, los *Kaingángues* hacen la volteada á fuerza de garrote, ó á mano, quebrando los arbolitos, ó colgándose de las ramas altas y torciéndolas. De todo este trabajo, resulta una masa informe de troncos y ramas, todo revuelto; pero ellos han conseguido su objeto, que es el de que las plantas mueran y se sequen para poderles prender fuego despues, á fin de limpiar el terreno.

Cuando el fuego ha terminado su obra, esperan que llueva, y luego proceden á plantar; las mujeres son las encargadas de este trabajo, y lo hacen armadas de un largo palo puntiagudo, que van enterrando en el suelo, á fin de abrir unos hoyos poco profundos, dentro de los cuales depositan la semilla que han humedecido antes en la boca; luego, con el pié, pasan sobre los hoyos, para taparlos.

Tres meses despues, los *Kaingángues* se regalan del producto de sus rozados. En esa época no se ven en los fogones sinó chochos asándose en la ceniza, y mas tarde, cuando el maiz se seca, el sonido de los morteros no cesa en todo el dia.

Segun los Indios, el primero que les enseñó á rozar y sembrar fué ÑARA (1), Cacique de la Nacion Kaingángue, quien, en una época de gran carestía, reunió á los Indios de su tribu y llevándolos á cierta parte de la selva les ordenó que cada cual, con sus respectivos garrotes, volteara los árboles y luego prendieran fuego al rozado.

Cuando todo estuvo listo, hizo que le ataran un grueso isipó (2) en el pescuezo y lo arrastrasen por todo el rozado, ordenando que despues de muerto lo enterraran allí mismo, y que, á los tres meses, volvieran, y que tendrían qué comer.

Consumado el sacrificio voluntario de ÑARA, los Indios se retiraron tristes y anduvieron los tres meses cazando y melando por el monte. Pasado el tiempo fijado, volvieron al rozado, y se encontraron con maiz, porotos y zapallos en abundancia. El maiz había nacido del pene, los porotos de los testiculos y los zapallos de la cabeza de ÑARA.

Esta leyenda, fálica por excelencia, es, por lo mismo, muy interesante, puesto que viene á confirmar más el hecho de que toda idea

(1) Esta leyenda me fué referida por el Sr. TELÉMACO M. BORBA.

Ñara es el nombre que los Kaingángues del Paraná dan al maiz y ñer es como lo llaman los de San Pedro.

(2) Isipó es el nombre genérico con que en aquellas regiones se designan las lianas ó enredaderas de los bosques.

ó culto sobre produccion de la Naturaleza, en cualquier parte donde se encuentre, es necesariamente falo solar. (1)

Como trabajo agrícola, puede tambien considerarse la cosecha de piñones en la época en que las grandes Araucarias están cargadas.

Los *Kaingángues* no voltean árbol alguno, y en eso son mas previsores que los blancos, los cuales, muchas veces, no se acuerdan del mañana, y, por no tomarse la molestia de trepar no tienen inconveniente en derribar cualquier árbol.

Los Indios todos saben trepar á los altos Pinos, y para ello hacen un gran arco de caña tacuara achatada; este debe abrazar el tronco del árbol, y, entre este y la parte sobrante del arco, se coloca el Indio pasándosele por debajo de los brazos.

El Indio que sube, lleva su hacha de piedra ó de fierro, con la que vá haciendo en el tronco pequeños escalones á medida que vá trepando, para poder apoyar los piés, mientras el arco le sostiene el cuerpo.

Colgada en la parte externa, y del primer tercio del brazo derecho, lleva tambien una tacuara larga.

Llegado arriba, mientras se sostiene con una mano al tronco, con la otra, por medio de la caña, empuja los piñones de los extremos de las ramas, para que caigan al suelo.

Los Indios se hacen muy prácticos en esta operacion, y en poco tiempo, ayudados por el arco, trepan sobre cualquier Pino y lo despojan de sus grandes piñas, que caen al suelo en medio de las fiestas de mujeres y chicuelos que se encargan de recogerlas.

Pesca.

Los *Kaingángues* no conocen otro procedimiento de pescar sinó por medio del *part*. Los que se hallan en contacto con los Cristianos usan tambien anzuelos, que obtienen de ellos.

El *part* (2), en tesis general, es un gran cesto que colocan en las corrientes de agua, para que se llene de peces.

(1) Sobre este punto remito al lector al muy interesante trabajo del distinguido arqueólogo y filólogo SR. SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *El Culto de Tonapa. Revista del Museo de La Plata*, tomo III, 321.

(2) La palabra *Part* es guaraní y es una de las pocas que los *Kaingángues* poseen de ese idioma.

El hacer un *pari* requiere cierto trabajo no despreciable: primero construyen, con piedras, una especie de tajamar que cruza el arroyo de orilla á orilla, formando un ángulo de mas ó menos 120 grados, y cuyo vértice se halla colocado en la misma direccion de la corriente y en sentido contrario.

La altura del tajamar es variable, pero lo suficiente para obligar á las aguas á que no lo rebalsen y se dirijan todas hacia el vértice del ángulo que forma y que se halla en el medio del arroyo. El grueso de las paredes es tambien proporcional á la resistencia que debe oponer á la fuerza de la corriente.

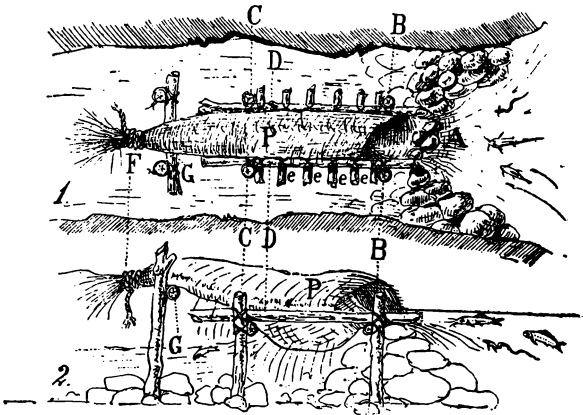


Fig. 11. — *Pari*.
1. Visto de arriba. — 2. Visto de lado.

Delante del vértice del tajamar (A) clavan dos pilotes de madera (B B) y frente á estos, á cierta distancia, uno ó dos metros, clavan otros dos (C C).

Estos pilotes los unen entre sí por medio de un tronco colocado longitudinalmente (D D) y atado á ellos por medio de fuertes ligaduras hechas con Isipó.

A este aparato, que así tiene la figura de dos paralelas de gimnasia, le colocan un número variado de troncos finos, que cruzan una barra con otra (e, e, e....), pero por debajo de las barras, las que unen tambien con ligaduras de Isipó.

Sobre esta especie de parrilla colocan una gran estera de *tacuarra* tejida con un gran fleco en sus cuatro lados.

La parte anterior de la estera la colocan apoyada sobre el vértice del tajamar, que tiene un nivel mas bajo que el resto de las paredes y allí la sujetan con piedras.

Los lados de la estera son arqueados para arriba y tejidos sus flecos en sus dos tercios inferiores, á fin de formar una especie de canasto, y la parte apical es simplemente atada, quedando los flecos hácia fuera (F).

Una vez colocado este gran cesto, empiezan á desatar los atravesaos (e) á fin de que se sumerja en parte. La porcion posterior, en cambio, queda levantada, y si es posible, fuera del agua, por medio de unos pilotes y un atravesao que allí colocan (G).

El agua del arroyo, de esta manera, tiene forzosamente que entrar en el gran cesto, escapándose por las aberturas de las mallas del tejido, para lo cual las dejan un poco abiertas.

En cambio, los pescados que siguen la corriente del agua, al llegar á la boca del cesto, ó *pari* (P), se sienten empujados hácia adentro por el agua que detrás de ellos viene, y una vez en el interior ya, como no tienen facilidad de darse vuelta, y el agua, en el último tercio, escasea, se oprimen entre ellos y mueren, llenándose de esta manera los *parís* en las épocas de mucho pescado; á veces entran tambien algunos Patos y allí quedan.

Para descargar los *parís*, los Indios se meten en el agua y desatan la atadura (F) y por allí extraen sus víctimas, á las que, en la orilla, esperan las chinas que han de asarlos en los bastidores, ya para comer, ó ya para ahumar.

Descargado el *pari*, vuelven á atar su extremo apical para que torne á funcionar.

MAIDANA me ha comunicado que, en ciertos arroyos, la gente no daba abasto para descargar los *parís* y aprovechar su contenido; muchas veces se podrían cantidades de pescados porque materialmente no tenían tiempo de prepararlos y en esas épocas la tribu no hacía sino comer pescado, naturalmente sin sal, sustancia de que carecen, y que sólo conocen por su trato con los blancos.

En los *parís* se obtiene toda clase de pescados, desde las Bogas, hasta los Manguruyús de talla corpulenta.

Caza.

El modo de cazar de los *Kaingángues*, es muy sencillo: esperan la caza en los barreros ó lambedores⁽¹⁾ y allí la matan á flecha ó la persiguen por el monte cuando dan con algun rastro, entre varios individuos solos, ó acompañados con sus perros, si los tienen, los que les ayudan á alcanzarla.

La caza, de este modo, es muy penosa, puesto que hay que correr mucho entre la espesura, á veces largas distancias, lo que les impide volver el mismo día á los toldos y obliga á pasar la noche al lado de la presa, que conducen despues á hombro á su morada.

Cuando aparece cerca de ellos alguna bandada de chanchos jabalíes (*Dicotyles labiatus*), entonces tratan, hombres y mujeres, de rodearla, y escondidos todos, y fuera del alcance de los terribles dientes de los Chanchos, imitan el ladrido de los perros, á fin de que no se vayan, empeñados en trezarse con dichos animales, mientras los Indios aprovechan para matar á flecha los que pueden.

Cimbras para mamíferos grandes ó pequeños no acostumbran hacer, segun me comunicó MAIDANA, y sólo las usan para cazar aves. Las arman sobre varitas flexibles, de modo que el pájaro, al querer comer el maiz que le ponen de cebo, queda enlazado del pescuezo, al enderezarse la vara.

Pero el modo general que tienen de cazar es á flecha, la que manejan con mucha destreza, siendo sus víctimas predilectas los Monitos (*Cebus*), Carayás, Coatís, y pájaros diversos; para estos últimos emplean el virote.

A la otra especie de Chanco salvaje, el Tateto (*Dicotyles torquatus*) que, perseguido, se mete en los troncos huecos de los árboles añosos (á lo que llaman en término misionero *Toca*), acostumbran asfixiarlo, aplicándole un humazo en la puerta de su refugio.

Al Tigre lo matan á flecha, cuando está trepado, y cuando no trepa, y los espera en el suelo, echan mano de sus terribles macanas ó garrotes de madera fuerte, generalmente de Alecrin (*Holocalyx*

(1) Lambedores ó Barreros (Véase mi trabajo sobre el Tapiro, Tomo I, entr. 11).

Balansae MIL.), con los cuales consiguen darle muerte, no sin que alguno de ellos salga herido.

Cuando pueden conseguir perros, me dijo MAIDANA que el dueño trataba de *curarlos* con ciertos remedios, uno de los cuales consiste en darle humazos de cuero quemado de animales, para que el perro sirva exclusivamente para correr y rastrear una sola clase de caza.

De modo que el perro de cazar Tapires no sirve para cazar Tatetos, y así por el estilo.

Pero á los Indios les duran muy poco los perros, porque generalmente sólo se acuerdan de ellos para cazar, olvidándolos con facilidad en el momento de repartir la carne, y como, á perro flaco todas son pulgás, de allí que se llenen de uras y gusaneras y los ataque pronto la osteomalacia ó el escorbuto, frecuente en estos animales.

Guerra.

Los *Kaingángues* han gozado fama de ser batalladores y crueles; en otra época debieron ser temibles enemigos de las tribus vecinas; pero, por eso mismo, en sus continuas luchas, han ido disminuyendo hasta quedar muy reducidos.

Estos Indios llevan el sentimiento de su independencia hasta el punto de vivir sus individuos en pequeños grupos, bajo la autoridad casi nominal de un Cacique, el que, para tener algun ascendiente sobre ellos, necesita ser dadivoso con sus súbditos, amen de no ser autoritario, puesto que se espone á ser abandonado por ellos, de un momento á otro, como le sucedió á FRACRÀN.

El Cacique es el que dirige las campañas de la tribu, que se reducen generalmente á asaltos traicioneros, dados á las tolderías de otras tribus, ó campamentos de blancos.

Los *Kaingángues* de la provincia del Paraná han concluído de este modo con las tribus de indios *Caingúas* de raza guaraní, las que han masacrado, y si hoy quedan aún algunos pocos individuos, es gracias á la intervencion de la comision estratégica brasilera de *Guarapuava*, con la que se hallan en buenas relaciones y que les ha prohibido el continuar con su obra de destruccion.

Los *Kaingángues*, hasta en sus juegos, demuestran su carácter batallador. La gran diversion que tienen es el *kandjire* ó juego de los palos, que consiste en lo siguiente:

El toldo que dá la fiesta prepara un espacio de terreno de cierta extension y en cada extremo amontonan una cantidad de palos, especialmente cortados como pequeños garrotes.

Una vez que todo está listo, invitan á los Indios del toldo próximo para *divertirse*, lo que siempre aceptan, trasladándose al lugar de la cita, cargados con otra cantidad de garrotes iguales.

Antes de llegar, empiezan á marchar con cautela, porque los otros están esperando, y, cuando se acercan, empiezan, con grandes gritos, á tirarse con fuerza los garrotes.

La lucha entre los dos bandos sigue con sin igual entusiasmo; los garrotes vuelan incesantemente y la gritería inmensa de todos atruena el aire, mientras que las mujeres, enardecidas á su vez con todo este espectáculo, se cubren con una especie de escudos de cáscara de árbol y corren entre los combatientes, recogiendo los garrotes dispersos para alcanzárselos; distrayéndose de esta ocupacion para retirar del combate á algun mal herido y curarlo fuera del alcance de los garrotes, que continúan cruzando de una á otra parte.

Este ejercicio bárbaro, que siempre produce heridas y contusiones de consideracion, es tan agradable para ellos, que aun cuando alguno quede muerto, no por eso perturba las relaciones amistosas de los toldos, al contrario, el mal herido ó el muerto son objeto de felicitaciones ó alabanzas, por haber sido *Turumanin*, es decir, fuerte, valiente.

El *Kandjire*, cuando lo efectúan de noche, y con los palos encendidos, toma el nombre de *Pindjire*, es decir, juego del fuego: éste tiene, sobre los efectos de aquél, el de producir, además de garrotazos, quemaduras.

Son curiosas las reflexiones que una india vieja le hacía al señor BORBA sobre este juego, mientras él le hacía notar todos sus inconvenientes.

La vieja decía:

«Usted no quiere que mi gente continúe con este juego; aunque ya hoy no tenemos con Vds. más guerras, es siempre necesario que nuestros hombres continúen ejercitándose; pues, sin esta diversion, se volverán flojos y miedosos como las mujeres, lo que no conviene, porque aún hay en los bosques indios bravos que todavía nos pueden atacar.

«Si no estuvieran nuestros hombres ejercitados, ¿cómo nos defenderían?»

» Además, esta diversion que Vd. vé hoy, en mi tiempo era propia de criaturas; los hombres tenían otras más sérias, porque siempre sucedía alguna muerte; pero, por eso, nunca se peleó y siempre se le hacía el entierro como amigos ».

Además del *Kandjire* y del *Pindjire* tienen los *Kaingángues* la lucha corporal, en la que se ejercitan desde niños; el ganador no puede eximirse de continuar luchando con todos los otros que se ofrezcan de competidores, hasta que, ya exhausto, pierda también.

Como se vé, estos Indios han apreciado sobre todo los ejercicios corporales, debido á la continúa lucha que han sostenido con las demás tribus, lo que les obligaba á defender su territorio palmo á palmo.

Estas continuas guerras no sólo se llevaron á cabo entre distintas naciones, sinó también entre tribus de la misma nacion *Kaingángue*, en las que desarrollaron una ferocidad sin ejemplo, y sólo comparable á la de los antiguos asirios, etc., y llegando muchas veces á exterminarse.

Un hecho bastará para dar la medida de lo aseverado en el párrafo anterior.

En San Pedro existe una gran sepultura larga, y bastante borrada por las continuas lluvias que han ido comiendo la tierra amontonada sobre ella.

Interrogado MAIDANA, me contó la historia siguiente, que había oído referir en sus mocedades, cuando aún se hallaba FRACRÀN al frente de la tribu.

La tribu de FRACRÀN se encontraba acampada en el pinar de San Pedro; gran parte de los hombres se hallaba de cacería y muchas familias no habían llegado todavía, retardadas en la marcha, cuando, una madrugada, el campamento fué asaltado por otros *Kaingángues* que vivían en los campos del *Paikeré*, situados en la Provincia del Paraná, del otro lado del Rio Yguazú.

La lucha fué corta; la sorpresa había sido rápida, y en poco tiempo un tendal de cadáveres de hombres viejos, viejas y niños se hallaron esparcidos junto á los toldos, acribillados á flechazos, ó con el cráneo deshecho por los tremendos garrotazos de sus macanas formidables; entre éstos, algunos invasores yacían á su vez tendidos, víctimas de la desesperacion de los sorprendidos.

Las mujeres fueron cautivadas, y antes de abandonar aquel campo de masacre, los invasores prendieron fuego á los ranchos, que rápidos ardieron.

Pintar el dolor y el rugido de venganza que se escapó del pecho de los indios de FRACRAN al hallar á su retorno el espectáculo horrible que presentaba aquel monton de cadáveres, entre las pavesas humeantes de sus toldos, es imposible.

La persecucion se inició muy pronto, con todas las precauciones de su táctica felina.

Entre la maraña infinita de aquellos bosques impenetrables, los indios, como víboras, se deslizaban siguiendo el rastro de sus enemigos.

Ni el Mono que parecía mirarlos con burla desde la copa de los árboles, ni el Anta cuya huella demostraba su proximidad, ni el gruñido del Tateto que, oculto en el hueco de un vetusto tronco, traicionaba su presencia, ni la pequeña Abeja que, guía otras veces de la codiciada colmena, cruzaba el aire con su vuelo sin ruido, les hacía detener; el hambre que tenían, era hambre de venganza, y sus ojos y todo su ser seguían abstraídos el rastro de sus crueles enemigos.

Habían marchado como un dia y medio, cuando otro espectáculo horrible se presentó á sus desesperados ojos.

Sus mujeres, las que cautivas habían forzosamente seguido á sus raptores, se hallaban allí, sobre un elevado cerro, empaladas.

Todas, unas al lado de otras, habían sido colocadas sobre agudas estacas que, penetrándoles por el órgano genital, las mantenía de pié, como si estuvieran vivas, segun la expresion de MAIDANA.

Y lo peor y más desesperante, es que no presentaban ninguna lesion extraña á este suplicio, lo que bien pronto hizo comprender á los suyos de que habían sufrido vivas ese martirio afrentoso.

El odio y el deseo de venganza redoblaron á la vista de ellas; los Indios las sacaron de esa actitud y continuaron despues su tenaz persecucion.

Una tarde llegaron cerca del toldo enemigo, que aún festejaba su triunfo con abundante *kiki*.

Los indios de FRACRAN, ocultos en el bosque, esperaron con esa paciencia que les es característica á que la noche los protegiera con sus sombras para poner en práctica su obra de venganza.

Tarde ya, los Indios, llenos de alcohol, dormían dentro de su largo rancho, saboreando quizás en sueños las emociones de su fácil victoria, cuando los de FRACRAN cautelosamente los rodearon.

Las puertas del rancho fueron tomadas, algunos penetraron sin ruido al interior, y, guiados por la luz mortecina de los fogones en-

cendidos, transformaron muchos ronquidos de plácido sueño, en los estertóreos de la agonía.

Pronto los sorprendidos se apercibieron del asalto, pero fué tarde: las llamas invadian el rancho por todas partes, y los que pretendían salir eran sacrificados sin misericordia.

Nadie se salvó.

Los de FRACRÀN volvieron satisfechos de su obra, y mientras en sus toldos se lloraba á los muertos, los Tigres y otros animales se regalaban con los cuerpos abandonados de los feroces *Paikereanos*.

—Y ¿porqué vinieron esos Indios á atacar los toldos de FRACRÀN?—pregunté á MAIDANA.

—Por gusto.

Medicina y enfermedades.

Los *Kaingángues*, segun su propia confesion, saben estar pocas veces enfermos, y, generalmente, lo que sufren, son heridas, contusiones y quebraduras, resultado de los accidentes de caza, etc.

Si es una quebradura, se vendan con las fibras de la cáscara del *Iguapot* ó higuera salvaje (*Ficus tlapohy*); si es una herida, la curan con liquen ó barba de palo, y si despues de una borrachera, ó por cualquier causa, les duele la cabeza, se punzan la frente con una piedra aguda, ó se hacen pequeñas incisiones para que salga un poco de sangre, con lo que, segun ellos, se alivian mucho.

Si se trata de alguna afeccion interna, se curan con fricciones ó cocimientos diversos de yerbas á las que atribuyen virtudes medicinales.

El enfermo, cuando se halla acostado, tiene siempre junto á él un fogon bien alimentado; si se empeora, los amigos y parientes lo rodean, y mientras las mujeres lloran en coro, los hombres tratan de consolarlo, diciéndole que no ha de morir, que lo han de tratar bien y le harán, cuando sane, muchos regalos.

Si en cambio ven que se muere, el consuelo es otro: le ofrecen enterrarlo con un *Kurú* nuevo, con collares de cuentas, con un bonito arco y flechas, y que se harán cargo de su mujer é hijos (BORBA).

Uno de los datos curiosos que me suministró MAIDANA, es el re-

medio que tienen para que las mujeres engorden, lo que ellos consideran como *summum* de belleza.

Para ello juntan corteza de un árbol que llaman *Focha*, que no conozco, ni he visto; esta es pisada, y la emplean para frotarse el cuerpo cuando se bañan.

Ignoro el efecto fisiológico que pueda producir esa fricción, pero apunto el dato á título de curiosidad.

Para las picaduras de las víboras emplean la cáscara del Incienso ó Cabriuva, que queman, pisan, y refriegan con el polvo la parte hinchada; cuando no tienen á mano Cabriuva, emplean Laurel Blanco.

Al mismo tiempo toman una solución, en agua, de ceniza de Barba de palo, la que los hace vomitar el veneno, según ellos.

Los Indios que se hallan en San Pedro pronto se acabarán, porque ha empezado á cundir entre ellos la tuberculosis, debido á la gran receptividad que tienen los Indios en general para todas las enfermedades contagiosas, como la viruela, sífilis, etc.

Esto es sin contar con los inconvenientes que les trae la vida sedentaria, que disminuye en mucho la lucha, sin proporcionarles la cantidad de alimento que, en la vida salvaje, obtenían abundantemente.

Hoy, sin batir al monte, por estar ocupados en otros trabajos, sin poder por eso hacer sus *parís* que tanto pescado les daba, y concretándose á los piñones y á la cosecha de sus sembrados, que muchos años pierden, tienen forzosamente que debilitar sus cuerpos, los que, cada vez más, se hacen mejores receptores de cualquier microbio que los ataque.

Modo de enterrar y prácticas funerarias.

Las prácticas funerarias de estos Indios tienen un sello característico, de alta sentimentalidad, denotando el gran cariño que tienen por los suyos.

He presenciado en San Pedro, á la muerte de un indio tuberculoso, los llantos inconsolables, no sólo de sus parientes próximos, sino también de sus amigos.

El entierro se efectuó á la cristiana, en un pequeño cementerio que allí existe, rodeado de una palizada de troncos, del medio de la cual se destaca, entre otras pequeñas, una gran cruz de madera.

Pero en su estado salvaje, el sepelio revestía formas características. Según MAIDANA, el cadáver, convenientemente envuelto en uno ó más *Kurús*,¹ posiblemente nuevos, era colocado, mirando al oriente, dentro de una fosa profunda que cavaban con palos gruesos con uno de sus extremos cortado en bisel.

El piso de la sepultura era prolijamente limpiado y el plano del fondo se dejaba lo más liso posible.

Junto al cadáver se ponían sus armas: arcos, flechas, macana, del lado derecho; una olla con fariña de pindó y un canuto de tacuara lleno de agua, del lado izquierdo; si el muerto era del sexo femenino, además de estas cosas, con exclusion de las armas, colocaban los objetos de su uso.

Al lado izquierdo del cuerpo hacían una pequeña zanjita para colocar un tizon encendido.

Al enterrar, los Indios rodeaban la sepultura, y una vez colocado el cuerpo en la forma descrita, se adelantaba el hermano ó hermana del muerto, con el tizon encendido en una mano, dirigiéndole estas palabras: *Hermano: toma este tizon que yo te traigo; para que, cuando llegues á la tierra de los uái kupri* ⁽¹⁾, *prendas fuego á los campos, y queden libres de malezas, á fin de que puedas llegar más pronto á reunirte con los otros que ya fueron.*

Esta preciosa despedida, tan emocionante, terminaba con la colocación, entre sollozos, del tizon en la tumba; luego cubrían el todo con ramas y en seguida echaban tierra para llenar la fosa.

Sobre la tumba continuaban despues amontonando tierra, para formar un túmulo, al que daban la forma aproximada del cuerpo de un *Tapir*, cuya cabeza también miraba al oriente.

Este túmulo, que tiene mucha semejanza con los *mounds* de Norte-América, no era inmediatamente abandonado, sino, por el contrario, durante un mes, era visitado una vez por semana, para limpiarlo de cualquier yerba que creciera sobre él y más ó menos á dos metros y medio á todo su alrededor.

Concluido el sepelio, los Indios volvían á casa del muerto, en la que había abundancia de *kiki* ó *goiofá* y empezaban á cantar y á beber, sentados por un rato, pasado el cual, se levantaban siempre cantando y empezaban á bailar, acompañándose con el porongo que usan en los bailes, alrededor de una gran hoguera que para el efecto se había preparado.

(1) De las almas.

Si pocos dias despues del entierro llovía, los Indios quedaban satisfechos y con gran alegría decian: que «el difunto ya llegó al pais de las almas y está con sus antiguos compañeros, porque esa lluvia es señal de que ha prendido fuego á los campos».

El señor BORBA, en su trabajo, difiere, al describir el modo de enterrar de los Kaingángues del Paraná, sólo en lo relativo á la profundidad de la fosa, la que allí no es sino superficial y forrada de maderas, y el tamaño y forma del túmulo que, entre aquéllos, es de forma cónica de 4 á 6 metros de altura y de 6 á 8 metros de base.

Religion, supersticiones y mitos.

Los *Kaingángues* creen en un ente bueno que llaman *Tupén*, corrupcion del *Tupá* Guaraní, quien manda en el pais de los *Uái kupri* y al cual esperan ir, una vez muertos, para descansar de las fatigas de la tierra, sin necesidad de andar batiendo el monte para cazar ó melar; porque tanto los animales como las colmenas se hallan allí á cada paso, en gran abundancia, y se pueden procurar sin ningun trabajo, ofreciéndose los Monos, Coatis, Antas, y otros animales que aprecian, para ser sacrificados fácilmente.

Tambien dicen que en el país de los *Uái kupri* se vive tranquilo, porque no hay que temer á ninguna clase de enemigos, ya sean hombres, tigres, víboras ponzoñosas, etc.

Los entes malos en que creen, son de la tierra, es decir, nada tienen que hacer con la vjda futura, sinó con la presente, y se reducen á los fantasmas, visiones y todo lo que ellos no pueden explicarse satisfactoriamente, aplicándoles el nombre genérico de *Uai kupri*, es decir, *almas*; pero que no han podido ir á su país y andan errantes por la tierra.

Tambien temen á la *Caapora* ⁽¹⁾, fantasma del bosque, velludo de cuerpo, provisto de mucha fuerza, que come á la gente y que suele gritar de un modo especial. En su idioma le dan el nombre de *Kripándufuá*.

Estos Indios suelen tener sus curas ó adivinos, á los que llaman *Pán dère*, es decir *cola de víbora*, debidoseguramente al uso que hacen del cascabel del Crótalo para sus hechizos y ceremonias.

(1) Para mayores datos sobre la *Caapora* consúltese mi trabajo *Folk-lore misionero* (Revista del J. Z., T. I. entr. 5).

La especialidad de los *Pán dère* es la prediccion del tiempo, épocas de caza abundante, de meladas favorables, etc., lo que dicen saber directamente de *Tupên*, quien les habla por medio de sueños.

A estas solas ideas, ya bastante elevadas en el orden evolutivo de las creencias, se reduce la religion de los *Kaingángues*, que no tienen prácticas ni ceremonias exteriores de ninguna especie.

Ellos creen en la vida futura y están seguros de gozar de su tranquilidad, de modo que no invocan para nada á *Tupên*, á quien consideran más bien como un servidor oficioso y amable, que no sólo los atiende bien en sus dominios, sinó que tambien se toma la molestia de indicarles, por medio de sus panderes, los datos de utilidad práctica, para su mejor vida en la tierra.

Los *Kaingángues* tienen tambien su tradicion, ó mejor, su mito, que conservan, transmitiéndolo de generacion en generacion, por medio de los viejos de ambos sexos, que son siempre, en todas partes, los encargados de hablar del pasado.

A mi buen amigo el señor BORBA debo la siguiente tradicion, que oyó referir, en los muchos momentos que pasó entre estos Indios, al cacique ARAKSHÓ, quien la oyó de la madre de la madre de su madre, la que la habia oido á su vez de sus antiguos progenitores.

Dijo el Cacique:

«En los tiempos que se fueron, hubo una gran inundacion que sumergió toda la tierra habitada por nuestros antepasados, menos la cumbre de la sierra *Krinjidjimbé*, que emergía de las aguas.

Los *Kaingángues*, *Kadjurukrés* y *Kamés* nadaban en direccion á ella, llevando en la boca hachones de leña encendidos.

Los *Kadjurukrés* y los *Kamés*, cansados, se ahogaron, y sus almas fueron á vivir al centro de la Sierra.

Los *Kaingángues* y algunos pocos *Kurítón* (gente desnuda ó sin *Kurú*) alcanzaron, á fuerza de trabajo, la cumbre del *Krinjidjimbé* en donde se acomodaron unos en el suelo y otros, por el poco espacio, agarrados á las ramas de los árboles, pasando allí muchos días, sin que las aguas bajasen, y sin comer.

Ya esperaban morir, cuando oyeron el canto de las Saracuras (1) que venian cargando tierra, en canastos, que echaban al agua, la que se retiraba por esto lentamente.

(1) Saracura es la Polla de agua (*Fulica* ó *Aramides*).

Entónces los Indios les gritaron que se apurasen, lo que hicieron las Saracuras, aumentando al mismo tiempo el canto y convidando á los Patos para que las ayudaran.

En poco tiempo alcanzaron con la tierra á la cumbre, formando como un terraplen, al que salieron los *Kaingángues*, que se hallaban sobre ella, menos los que estaban en las ramas de los árboles, que se transformaron en Monitos (*Cebus*) y los *Kuruton* en Carayás.

Como las Saracuras habian empezado su trabajo del lado en que el Sol nace, por eso nuestras aguas corren todas al Poniente y van á caer al gran *Paraná* (*Krinjidjimbé* es la *Serra do mar*).

Cuando se secaron las aguas, los *Kaingángues* se establecieron en las inmediaciones del *Krinjidjimbé*.

Los *Kadjurukrés* y *Kamés*, cuyas almas habian ido á vivir en el centro de la Sierra, principiaron á abrir camino por el interior de ella. Despues de mucho trabajo, llegaron á salir por dos partes: por la abierta por los *Kadjurukrés*, que era toda plana y sin piedras, (lo que hizo que sus piés se conservaran pequeños), brotó un lindo arroyo. En cambio á los *Kamés*, cuyo camino fué abierto por un terreno muy pedregoso, se les lastimaron los piés, los que se hincharon en la marcha, por cuya razon los conservan grandes hasta ahora; en este no brotó agua, lo que hizo que la sed los obligara á pedirla á *Kadjurukré* que les permitió beber toda la que necesitasen.

Al salir de la Sierra, los *Kaingángues* mandaron á los *Kurutón* á que les trajeran los cestos y calabazas que habian dejado abajo antes de la inundacion; estos fueron, pero tuvieron despues pereza para volver á subir, así es que se quedaron allí, y nunca más se volvieron á reunir á los *Kaingángues*; por esta razon es que cuando los encontramos, los agarramos, porque son nuestros esclavos, que entonces huyeron.

La noche despues de su salida de la Sierra, prendieron fuego, y, aprovechando la ceniza y el carbon, *Kadjurukré* hizo los Tigres, diciéndoles «vayan á comer gente y caza» y los Tigres se fueron rugiendo.

Como ya no tenía más carbon para pintar, hizo los Tapires, que pintó con ceniza, diciéndoles: «vayan á comer caza» pero como no habian salido con los oidos perfectos, no entendieron bien, y preguntaron de nuevo qué tenian que hacer; *Kadjurukré*, que ya estaba haciendo otra clase de animal, les gritó con mal modo: «vayan

á comer hojas y ramas de árboles»; esta vez oyeron bien y se fueron y hé aquí por qué las Antas sólo comen hojas, ramitas de árboles y frutas. *Kadjurukré* estaba haciendo otro animal, al que todavía faltaban la lengua, los dientes y algunas uñas, cuando empezó á amanecer, y como él no tenía poder para hacerlos de día, le puso ligero una varita delgada en la boca, diciéndole: «tú, como no tienes dientes, vive comiendo hormigas» y por esto es que el Oso hormiguero es un animal imperfecto.

En la noche siguiente, continuó haciendo muchos otros animales, y entre ellos las Abejas de miel.

Al mismo tiempo que *Kadjurukré* hacía estos animales, *Kamé* hacía otros para combatirlos, como ser los Pumas, las Víboras venenosas y las Avispas.

Después de todo este trabajo, marcharon todos, reuniéndose con los *Kaingángues*.

Entonces vieron que los tigres eran muchos y comían mucha gente. Al pasar por un río profundo, hicieron un puente con un tronco de árbol, y después que todos pasaron, *Kadjurukré*, que era el que había tomado la dirección, dijo á uno de los compañeros de *Kamé* que, cuando los Tigres hubieran subido al puente, lo sacudiesen con fuerza para que cayeran en el agua y se ahogasen. Así lo hizo el compañero de *Kamé*, pero dos tigres que cayeron en el agua se zambulleron, y otros saltaron al barranco, asegurándose con las uñas; el *Kamé* quiso tirarlos de nuevo al río, pero como los tigres rugieron y mostraron sus dientes, tuvo miedo, y retirándose, los dejó salir; por esto es que hay tigres tanto en la tierra como en las aguas.

Los Indios, al llegar á un campo grande, reunidos todos, deliberaron casar á los jóvenes y á las jóvenes: casaron primero los *Kadjurukrés* con las hijas de los *Kamés* y viceversa; pero como aún sobraban muchos hombres, los casaron con las hijas de los *Kaingángues*; por eso es que *Kadjurukrés*, *Kaingángues* y *Kamés* son amigos y parientes.

Pasado mucho tiempo, *Kadjurukré* encontró en el camino un Oso hormiguero chico (*Myrmecophaga tetradactyla*) y levantó el baston para matarlo. El Oso hormiguero se paró en dos piés y principió á bailar y cantar del mismo modo que *Kadjurukré* había aprendido, creyendo entonces que ese había sido su maestro de baile.

El Oso hormiguero le pidió el baston, y después de bailar un rato